

EN PROFUNDIDAD

Pascual Antonio Beño, un poeta manchego que acaba de ganar el premio «Ciudad de San Sebastián» de narrativa

Pascual-Antonio Beño

Autor castellano-manchego, residente en la actualidad en Sevilla, donde ocupa un cargo en el Gabinete Pedagógico de Bellas Artes.

Miembro del Instituto de Estudios Manchegos y del Grupo Literario Guadiana de Ciudad Real.

Poeta y autor teatral. También cultiva la narrativa, la crítica literaria y la investigación. Es colaborador asiduo de «Lanza», de «El Eco de La Mancha», de Valdepeñas y de diversas revistas literarias, tanto de España, como del extranjero.

Entre los últimos premios obtenidos, sobresalen el Palencia 1988 y el Rafael Mijares 1989 de Teatro, y el Ciudad de San Sebastián 1990 de Narrativa.

Obras teatrales suyas están siendo representadas o montadas en la actualidad en Asturias, País Vasco y Andalucía.

Ha sido seleccionado y oficialmente invitado a participar en el Primer Festival de Poetas de las Regiones de Europa que ha de celebrarse en Namur (Bélgica) próximamente.



Pascual Antonio Beño

—¿Cuándo tuviste conciencia plena de tu vocación literaria?

—Pienso que nací escritor como se nace mujer u hombre, blanco o negro, animal o vegetal; algo fatal e inevitable. Recuerdo que a los seis años, cuando fui a mi primera escuela, inconscientemente, quería aprender a escribir para poder expresar lo que sentía. Aprender a escribir me parecía algo sobrenatural, capaz de abrirme puertas a mundos mágicos y desconocidos. Pero, para responder más exactamente a la pregunta, creo

que debo remontarme a mis once años —era la época de la postguerra y yo comenzaba a estudiar bachillerato en el colegio de los jesuitas de Areneros en Madrid. Recuerdo que se convocó un concurso literario entre todos los alumnos y yo, que tenía una caligrafía pésima y una ortografía horrorosa, hasta el punto de haber aparecido alguna carta mía en la revista del colegio como modelo de ingenuidad e infantilismo, obtuve el primer premio, compitiendo con alumnos que eran incluso hom-

bres, ya que, por entonces, el bachiller duraba siete años y, por aquello de la guerra, solía iniciarse con bastante retraso. Aún no me explico cómo puede obtener ese premio sin duda por la sinceridad, desgarró y originalidad del tema, como posteriormente me ha ocurrido alguna que otra vez. Recuerdo que se refería a una noche de Reyes en un Berlín invadido, destrozado y dividido por las tropas aliadas. El premio consistía en una pluma de oro —que desgraciadamente extravié—. Sí, fue a partir